

LOS HERMANOS SEAN UNIDOS. UNA DESCRIPCIÓN DEL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN EN LA SOCIEDAD ARGENTINA CONTEMPORÁNEA Y SUS CONSECUENCIAS

Nicolás Noriega

Universidad de Buenos Aires / CONICET / FLACSO (Argentina)

nnoriega@gmail.com

Resumen

La estructura social, política y económica de nuestro país se ha modificado notoriamente a partir de 1976. El impacto de las políticas (y el accionar criminal) implementados por aquel gobierno militar y la consolidación de ciertos elementos durante los gobiernos democráticos que les siguieron, reestructuraron las relaciones sociales. Esta mutación puede relacionarse, a nivel mundial, con el reinado de las propuestas defendidas por el neoliberalismo. Aun cuando en el presente muchas de estas propuestas son cuestionadas (fundamentalmente en América Latina), creemos que subsisten aspectos importantes de las mismas. En ese contexto, el presente ensayo se propone describir el proceso de individualización en nuestro país bajo el convencimiento de que la continuidad de esta tendencia resulta funcional a una sociedad profundamente desigual y discriminadora.

Palabras clave: Neoliberalismo – individualización – discriminación.

1. Introducción

La nueva etapa de acumulación del capital que caracteriza al mundo desde hace algunos años ha posibilitado, entre otras cosas, la reestructuración de las relaciones sociales y el cuestionamiento hacia los marcos de regulación colectiva asociados al Estado de Bienestar o al Estado Social. En nuestro país este nuevo diseño de la sociedad comenzó con el genocidio iniciado a mediados de los 70, en función de la coincidencia de pensamiento entre actores económicos y militares. En este sentido, el planteo del equipo económico dirigido por José Alfredo Martínez de Hoz (y sustentado por los capitalistas más poderosos que operaban en el país) convenció a las fuerzas armadas de que no podía reemplazarse el esquema político institucional vigente sin modificar el ordenamiento económico que le daba sustento.

Hasta aquel entonces, el eje fundamental de nuestra economía lo constituía la producción industrial (fundamentalmente orientada hacia el mercado interno) y se asumía que el crecimiento económico y la inclusión social eran objetivos irremplazables para superar las contradicciones sociales.

Desde la óptica de los militares, la aguda crisis social que vivía nuestro país evidenciaba una sociedad “enferma” e indefensa frente a la probable penetración del “virus subversivo”, ubicando los orígenes de esta “desviación” en 1945, o incluso en 1930. Su objetivo de largo plazo era producir una transformación completa del funcionamiento de la sociedad argentina, tal que fuera imposible la repetición de las experiencias “populistas y subversivas”.

Esta confluencia de posturas e intenciones se expresó, desde las fuerzas armadas, a través del asesinato y la desaparición de militantes y del desmantelamiento de las organizaciones que representaban a los trabajadores como estandartes de un tipo de relación social a exterminar. Los “subversivos”, que *debían eliminarse*, incluyeron así a todos aquellos que desarrollaban prácticas cuestionadoras del orden capitalista y de las desigualdades que éste generaba (y genera) y los miembros del gobierno militar eran quienes establecían arbitrariamente el señalamiento de los que eran identificados en esa categoría. Lo perverso de hacer desaparecer los cuerpos de esas personas y de continuar negando sus asesinatos buscaría entonces borrar de la memoria de la sociedad aquellas prácticas solidarias y a quienes las llevaban a cabo.

Esta política se sustentó también en las medidas impulsadas por el equipo económico: la interrupción de la industrialización y el predominio de la valorización financiera, a través de la apertura del mercado de bienes y de capitales. Se consolidó así un nuevo patrón de acumulación, que hacía predominar claramente al capital sobre el trabajo, y que se expresaba en niveles hasta el momento desconocidos respecto del nivel de exclusión social y de la regresividad en la distribución del ingreso.

Los gobiernos democráticos que siguieron a esta experiencia no dieron marcha atrás con esta tendencia, incluso en algunos aspectos la profundizaron construyendo un proceso que deriva en los altos niveles de marginalidad,

desempleo y precariedad laboral que presenta hoy en día nuestro país. Más allá de las diferencias de momentos y partidos (1), las diferentes gestiones elegidas por la mayoría contribuyeron a consolidar el esquema de un Estado que reduce las contenciones y prestaciones para el conjunto de la sociedad subsidiando a los actores económicos más poderosos. Las prebendas otorgadas por el gobierno de Raúl Alfonsín a grupos económicos locales y conglomerados extranjeros, las privatizaciones del gobierno de Carlos Menem, la flexibilización laboral y los sucesivos ajustes al gasto público durante la gestión De la Rúa constituyen algunos hitos de este proceso.

2. El proceso de individualización y sus consecuencias

El contexto político mundial que consolidaría estos cambios se encontraba signado por el colapso de los países socialistas de fines de los ochenta, que marcaría el triunfo de la ideología capitalista y el adiós a la idea de un mundo bipolar. La resolución de la disputa político-ideológica aparecía, además, en un momento de fuerte cuestionamiento del modelo económico, debido a ciertas señales negativas (crisis de acumulación, recesión, desempleo) (2).

La desaparición del “enemigo”, entonces, allanaría el camino a la nueva versión del liberalismo (neoliberalismo), y a su autoproclamada única manera de entender el mundo. Esta situación permitiría a los neoliberales adueñarse de la capacidad de interpretar el origen de las crisis económicas de manera de encauzar la salida de las mismas de acuerdo con sus intereses.

En oposición al keynesianismo, los neoliberales entendían que las intervenciones del Estado interferían con la libertad de las personas; hablaban de un Estado *predador* que saqueaba a sus ciudadanos para responder a grupos de presión, situación ésta que permitió atacar las nociones de justicia social o redistributiva haciendo hincapié en lo que denominaban *un exceso de democracia*. Esta postura definía a la libertad como la ausencia de obstáculos externos para la acción individual (libertad negativa).

Amparándose en los planteos de autores como Anthony Giddens o Ulrich Beck proponían la *liberación* del hombre de los enlaces con las estructuras de la sociedad industrial. Asociando individualización con reflexividad (en tanto capacidad de apropiarse reflexivamente del saber y del cambio) y a la ausencia de marcos sociales reguladores con la liberación del hombre para estructurar su propio relato de vida, sostenían que el individuo debía tener el poder de elegir, cambiar y mejorar. Se allanaba así el camino hacia la mercantilización de la vida social, esto es, el traslado de la lógica del mercado (según la cual cada individuo es dueño de su propio destino económico) a las relaciones sociales.

La propuesta exigía una reformulación del rol del individuo en la sociedad. A partir de entonces, el bienestar ya no constituiría un derecho y pasaría a depender en una dimensión estrictamente personal del trabajo y las capacidades de los individuos. Sin embargo, es preciso analizar el contexto en que deberían darse esas elecciones individuales, porque de nada sirve al sujeto el hipotético poder de construir su propio camino sin restricciones, si sus condiciones de vida impiden en los hechos una libre elección.

En primera instancia, pareciera que tal proceso de individualización sólo puede arrojar resultados positivos (si es que los hay, y esto forma parte del debate) en sociedades donde los individuos al menos tienen garantizada su supervivencia material. Por el contrario, en sociedades periféricas, caracterizadas por su debilidad y dependencia, tal proceso sólo puede generar la superposición de nuevas desigualdades sobre las ya existentes.

En el contexto argentino por ejemplo, las dificultades para conseguir un empleo estable, la sucesión de empleos precarios limitados en el tiempo y la incapacidad de desarrollar una carrera profesional reducen claramente el abanico de posibilidades que mujeres y hombres pueden elegir para crear *su propio camino*. La independencia en estos casos se asemeja más a una falta de consistencia que a una emancipación, como sugiere Robert Castel, estos sujetos están a tal punto individualizados que *quedan demasiado expuestos*. En ese contexto habla del paradigma del vagabundo como alguien que, perteneciéndose solo a sí mismo, carece absolutamente de todo.

Podemos decir, entonces, que la individualización beneficia a los más poderosos y perjudica a los más vulnerables (tal cual ocurre con *la mano invisible del mercado* en la economía). Por ello, en sociedades periféricas, “la desvinculación de las estructuras de protección social y la crisis de los marcos de socialización tienden a reforzar las facetas negativas de las nuevas formas de individualismo” (3). Los individuos son expulsados de las estructuras normativas y sociales que orientaban sus conductas y los dotaban de certezas, quedando *desafiliados*, situación que los expone a la exclusión social, institucional y simbólica.

Liberados supuestamente de todas las ataduras que las rígidas estructuras del Estado de Bienestar hacían pesar

sobre sus espaldas; individualizados a tal punto que han sido despojados de toda capa de protección y arrojados (violentamente) a la arena del mercado, la consecuencia y la realidad que el neoliberalismo depara para estas amplias capas de población es que la sociedad “ya no precisa” ni siquiera de la fuerza de sus brazos. “De más” e “inútiles” para la sociedad y el mercado, estos grandes grupos de seres humanos, que han sido despojados hasta de las redes de protección mínimas e indispensables para la supervivencia y la reproducción, van asemejándose a aquellos vagabundos que *nada tienen y a ningún lugar pertenecen*. Situados en la periferia y en los márgenes de la sociedad, atemorizan con su presencia a los “ganadores del modelo”, siendo, las más de las veces, objeto de criminalización y estigmatización.

La fractura de la sociedad entre ganadores y perdedores es particularmente perversa por la propia lógica de la individualización, que supone que cada uno es dueño de su destino y responsable único del éxito o fracaso. Esta demanda de autorregulación es procesada por aquellos que ocupan los lugares más “elevados” de la estructura social, favoreciendo la imagen de que el propio éxito es exclusivo mérito suyo. Sentimiento que, en consonancia con el ataque neoliberal a la figura del Estado, genera oposición hacia los posibles intentos estatales de protección de los desfavorecidos.

En el mismo sentido, aquellos jóvenes que en función de esta “evolución” han perdido la confianza en la educación y en la posibilidad de insertarse en la sociedad de una manera digna, y que eligen el camino de la delincuencia son violentamente atacados por el discurso de la mano dura. Por ello no importa si permanecen en centros de detención inhumanos durante años sin condena, lo importante es que estén alejados de la sociedad “normal” (o en el más extremo de los casos, muertos). Nuestra sociedad los expulsa desde su nacimiento y luego los estigmatiza responsabilizándolos por esa expulsión y lo que ella genera.

Por último, nos interesaría destacar que el proceso de individualización que, en los hechos, achica las funciones del Estado debe ser considerado también como una redistribución de recursos al interior de la sociedad. En efecto, el Estado que antes recaudaba para repartir progresiva e indirectamente (por medio del gasto público social), ahora recauda menos, beneficiando a aquellos que más tienen y perjudicando a los más desfavorecidos. La pauperización de los sistemas públicos de salud y educación, la reducción del empleo público, la privatización del sistema previsional (que garantiza una jubilación digna sólo a quienes pudieron mantener un sueldo alto y “en blanco” por un mínimo de 30 años) contribuyen a consolidar la imagen de que existen ciudadanos de segunda que merecen menos que otros.

Sin embargo, todavía se escuchan voces que cuestionan el gasto social y piden permanentemente su reducción. Muchas de estas voces provienen de organismos internacionales y economistas locales y extranjeros. Podrá discutirse si la redistribución de recursos que practican los Estados es justa o injusta en sociedades centrales pero la injusticia que la misma muestra en sociedades periféricas es indiscutible.

Sin dudas, esta vulnerabilización de los sectores más desfavorecidos guarda relación con el rol que la nueva división internacional del trabajo reserva para países periféricos. Para señalarlo claramente podemos tomar el ejemplo de la Argentina. El modelo que se interrumpió a mediados de la década de 1970 mostraba una economía sustitutiva de importaciones, con una gran masa de empleados (potenciales consumidores, lo que incidía en el nivel de sus remuneraciones), en la cual el mercado interno tenía un rol destacado. Este modelo mostraba una clase trabajadora con un poder (político, social y económico) nada despreciable, que era contenida por un Estado también fuerte.

Hoy día podemos observar cómo la Argentina aparece en el concierto internacional como una economía orientada fundamentalmente a la explotación de productos primarios con un bajo nivel de valor agregado, que por ende descuida el mercado interno, con un alto nivel de desempleo, precariedad laboral y un nivel bajo de remuneración que incide en la regresiva distribución del ingreso. Evidentemente, este modelo no podría sostenerse con una clase trabajadora poderosa ni con una estructura estatal vigorosa.

Para finalizar, nos parece que la consolidación del proceso de individualización recién descrito permite comprender mejor el abismo que existe entre los distintos sectores sociales y la falta de solidaridad que deriva de esta fractura. Indicios que se perciben si tenemos en cuenta que, en el contexto de una sociedad que muestra todavía un porcentaje importante de pobres, indigentes y desempleados, el principal problema para la opinión pública lo constituye “la inseguridad”. En el mismo sentido, podemos interpretar la violencia a la que son sometidos aquellos que interrumpen el tránsito reclamando por derechos fundamentales incumplidos, cuando se pretende que se priorice el derecho a circular libremente. El reflejo de pensar en sí mismos antes que en los más desfavorecidos se

expresa también con el desprecio que sufren quienes cartonean o limpian vidrios en los semáforos para no morir de hambre.

La crisis del régimen de convertibilidad y la reacción de gran parte de la sociedad ante los intentos del gobierno de la Alianza (UCR-FREPASO) de continuar profundizando este proceso, marcada claramente ante el fallido plan de López Murphy en marzo de 2001, pusieron un freno a esta tendencia. La Argentina muestra hoy, en este sentido, algunas señales positivas. Tal vez podamos aprovechar estos años de bonanza para reconstruir parte del aparato industrial destruido consciente y continuamente desde hace treinta años y consigamos achicar los niveles de pobreza, desempleo e indigencia revitalizando el mercado interno y mejorando las condiciones de vida de muchos. Creemos, sin embargo, que es necesario reconstruir los lazos de solidaridad entre los diferentes sectores sociales, y fomentar la participación política y social de las mayorías de manera de evitar que un nuevo cambio en el panorama internacional vuelva a poner en riesgo a los sectores populares (y a la sociedad entera).

Es claro que los representantes del capital concentrado prefieren una clase trabajadora disgregada, pobre, manejable y aislada del resto de la sociedad, los extraordinarios beneficios que han obtenido en estos últimos 30 años así lo indican. Lo que es menos comprensible es que gran parte de los sectores medios continúe siendo funcional a estos intereses. Si los sectores medios y bajos no actúan juntos por recuperar un esquema de país que incluya a todos, Argentina tenderá a convertirse en un territorio profundamente dominado por una pequeña población acomodada y, en palabras de León Gieco: "de lo que queda, el 50 (%) sólo come, y el resto se muere sin saber por qué" (4). En función de esto último y bajo la creencia de la necesidad de discutir y comprender los procesos sociales para actuar sobre ellos, este trabajo busca abrir el debate respecto de una preocupante situación.

Notas

(1) Y excluyendo al gobierno de Néstor Kirchner que, a pesar de mostrar algunos signos positivos, todavía no permite un debate acabado.

(2) Los principales indicadores del desempeño económico en países centrales entre 1973 y 1997 evidenciaban una disminución promedio de entre un 30% y un 50% con respecto al período 1950-1973 (NUN; 2000).

(3) Svampa, Maristella (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos-UNGS, p.17.

(4) León Gieco, letra de "Los salieris de Charly".

Bibliografía

Beck, U. (1997), "Teoría de la sociedad del riesgo" y "Teoría de la modernización reflexiva", en Josetxo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos.

Canitrot, Adolfo (1980) "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976", en *Desarrollo Económico* Vol. 19 Nro. 76.

Castel, Robert (1996), *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires: Paidós.

Cavarozzi, Marcelo (1997) *Autoritarismo y democracia. La transición del Estado al Mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.

Feierstein, Daniel (2005): "El fin de la ilusión de autonomía. Las contradicciones de la modernidad y su resolución genocida", en: *Genocidio: la administración de la muerte en la modernidad*, Caseros, Universidad Tres de Febrero.

Giddens. A. (1995), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península.

Levy, Guillermo (2004): "Consideraciones acerca de la relación entre raza, política, economía y genocidio", en: Feierstein, Levy (comps.) *Hasta que la muerte nos separe. Poder y prácticas sociales genocidas en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Al Margen.

Merklen, Denis (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*: Ed. Gorla.

Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

Svampa, Maristella (2000), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos-UNGS.

